



Nadie come más que el **perro**

Por Juan Carlos Ramírez Larizbeascoa

Los pasados artículos del “perro del hortelano”, del presidente García, suponen la extensión de la frase “no come ni deja comer”. Lo inexacto de esto es que los perros a los que se refiere el Presidente sí comen, pero no dejan comer. El aparato del Estado peruano se constituye de muy diversos entes, con diferentes culturas y niveles. Tres de los más característicos son el gobierno central, los gobiernos regionales y las municipalidades, quienes son los más cercanos a la ciudadanía e interactúan diariamente con ella.

Las cerca de dos mil municipalidades distritales del Perú tienen una especie de categoría de feudo privado. Se encuentra que, al igual que en otros niveles de la administración pública, la gestión municipal es personalista, es decir, está más relacionada con la personalidad del alcalde que con el imperio de las leyes.

La corrupción, la informalidad y la pobreza son efectos, no causas. Son efectos y resultados de una forma de Estado que medra, extrae, persigue y solo administra cuando le conviene.

La principal arma de una municipalidad en contra de los ciudadanos y, sobre todo, de la inversión privada, son las trabas que por acción u omisión impone a todos. La falta de una licencia cualquiera o la ubicación proficua de rompemuellas por todas partes son solo un par de ejemplos de los muchos con los que una municipalidad hace sentir su presencia. Pero, además, se dice que los rompemuellas en su gran mayoría son “ilegales”. ¿Cómo? ¿Acaso todos vemos que se construyen rompemuellas menos la municipalidad?

Pero, ¿por qué un administrador impondría trabas a alguien? Hay una respuesta si se piensa bien: para controlar los excesos en los que puedan incurrir los administrados, y hay dos respuestas si se piensa mal: por pura incompetencia o por pura corrupción.

La ingenuidad de los ciudadanos y los empresarios los lleva a pensar que una autoridad municipal desea el bienestar de su colectividad, y no el bienestar de solamente esa misma autoridad. En los sistemas personalistas “el perro del hortelano” claro que come, y teniendo hambrientos a todos los demás los obliga a pagar por comer, poco, tarde, caro y mal.

Quienes se arriesgan en el mundo empresarial, por ejemplo el inmobiliario, no luchan solamente con la municipalidad, sino contra el gremio de construcción civil, el gremio paralelo de construcción civil, la asociación de desempleados de la zona, una junta de vecinos pidiendo trabajo para sus hijos y cualquier otro colectivo humano que tenga el ánimo de extorsionar, no de trabajar. El empresario peruano está tan acostumbrado a estos males que, sorprendentemente, persiste en su empeño, sabiendo que la autoridad municipal está allí para asfixiarlo, perseguirlo, trabarlo y, además, para denostarlo por materialista, egoísta y avaricioso, y atormentarlo con la peor forma de la negación: la dilación.

¿Cómo se termina esto? Más del setenta por ciento del Perú ya lo descubrió: la informalidad. Es interesante oír a las autoridades hablar de combatir la informalidad, cuando deberían combatirse ellos mismos, pues si más del setenta por ciento de mi familia no me quiere ver, el problema es mío, no de ellos. El problema del informal es que cuando crece se hace visible y lo detecta el radar municipal. Sale de la pobreza, pero jamás llegará a la riqueza.

La corrupción, la informalidad y la pobreza son efectos, no causas. Son efectos y resultados de una forma de Estado que medra, extrae, persigue y solo administra cuando le conviene. La ilusión de prosperidad actual, debida a los precios altos de las materias primas y un relativo auge exportador, no se van a mantener. Existe una falla estructural en el aparato estatal, en las municipalidades feudales peruanas, dueñas y señoras de vidas y propiedades, que ya se va a encargar de regresarnos a la realidad de siempre. ■